

Quedo a su mandar, mi amigo don J. Ma.

Con las nuevas señas, ya le está yendo la revista. Si alguna entrega le falta, me la pide.

Un abrazo de su amigo, y escriba luego.

J. García Monge
(Firmado)

J. G. M.

Discurso de contestación al anterior

HERNAN G. PERALTA

Es para mí profundamente grato contestar el discurso de incorporación que acaba de pronunciar el doctor don José María Arce.

Compañero de colegio en mis primeros años, nunca supuse que las curvas de la vida, después de tanto tiempo, me proporcionarían la ocasión que con sumo agrado, y con sentimiento indefinible, aprovecho, para dar expansión a mi espíritu y para cumplir el ritual académico que esta noche nos congrega.

De la generación a que pertenezco, es uno de los representantes más destacados y de una completa formación universitaria, alcanzada en muchos años de estudio, de experiencia intelectual, de conocimiento de hombres y de lugares, de investigación, de observación, de viajes a diversos países, de permanencia en compañía de profesores que lo guiaron, de contraste de personas y de cosas, de servicio en la cátedra y de producción literaria que podríamos llamar técnica, y adecuada a los motivos que han sido objeto de su predilección.

Y es muy nuestro este costarricense viajero y cosmopolita, este colega conocido apenas en nuestro país. Es hijo de una ciudad central y cafetalera, Santo Domingo de Heredia, que hace unos cuantos años, en una exposición pública de objetos de su pertenencia, de muebles y enseres conservados al través de las generaciones, nos demostró que guarda en sus hogares el tesoro de nuestras mejores tradiciones, y una auténtica vocación de sentido nacional.

En febrero de 1921, al presentarse el conflicto con la vecina

República de Panamá, el señor Arce fue de los primeros en ofrecer sus servicios al país y en alistarse en las fuerzas que hicieron la jornada del Pacífico, tomando parte en las etapas de la expedición, hasta el término de la misma.

En 1923 se trasladó a los Estados Unidos de América, en donde había de realizar parte de sus estudios, y, a su regreso de Europa, hacer de la cátedra el laboratorio de su vida.

Rico por su casa, pudo haberse dedicado a viajes de placer o a administrar sus negocios con un carácter ampliativo, pero el amor al estudio y una inclinación muy señalada por los menesteres literarios, lo impulsaron decididamente a las aulas universitarias, y así lo vemos en 1922 y 1923 en la Universidad de Columbia, en Nueva York, iniciando los cursos con la especialización en lengua y literatura españolas, que continuó en los dos años siguientes en la Universidad de Madrid y en el Centro de Estudios Históricos, donde fue alumno de Ortega y Gasset y de Menéndez Pidal, ensanchando seguidamente sus conocimientos en la Universidad de Dijon, sobre la lengua y la civilización francesas, y en el Real Instituto Superior del Magisterio, en Venecia, acerca de las mismas disciplinas en Italia.

Volvió a los Estados Unidos para el doctorado, y presentó los exámenes finales en la Universidad de Columbia en 1927. Dartmouth College lo incorporó, "honoris causa", en 1941.

Tanto durante sus estudios universitarios, como en los cursos de especialización que siguió en Europa, encaminó su esfuerzo hacia el conocimiento del idioma español y su literatura, indivisiblemente, como en su comparación con las otras lenguas que adquirió y logró dominar, el inglés, el francés y el italiano. Su punto de vista cultural se mantuvo fijo, y el análisis del español con sus melodías semánticas hicieron de él un profesor del idioma y un gran expositor de la cultura de la Península, que tuvo en el señor Arce a un verdadero propulsor —llamémoslo así— de los valores españoles e hispanoamericanos en los Estados Unidos de América, país en el que tuvo prolongada residencia y a cuyo profesorado hubo de incorporarse.

Dartmouth College lo envió en 1935 a Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, la República Argentina y Brasil; y luego lo acreditó como su delegado en el Octavo Congreso Científico Panamericano de Washington en 1940, en la Universidad de Tulane en 1942, en la Universidad de California en 1955, y en la Universidad de Puerto Rico en 1957.

En los organismos universitarios en que trabajó, fue desde Auxiliar de cátedra hasta profesor titular, en 1941, habiendo además desempeñado otros cargos entre los años de 1939 y 1951 en

varias universidades norteamericanas, enseñando con especialidad en algunas de las mismas la literatura hispanoamericana.

Además de su labor en la cátedra, desarrolló una actividad de conferenciante en centros universitarios, colegios y corporaciones culturales norteamericanos, a la vez que hacía venir a dar cursos en seminarios de literatura española e hispanoamericana a expositores peninsulares como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Américo Castro, Angel González Palencia y Angel del Río; a hispanoamericanos como Jorge Mañach, Luis Alberto Sánchez y Ernesto Montenegro; a hispanistas o hispanoamericanistas norteamericanos como Hubert Herring, Frank Tannenbaum y otros.

“Cervantes y el Quijote”, “Las influencias filosóficas en la vida intelectual de la República Argentina”, “Temas fundamentales de la literatura hispanoamericana”, “Rubén Darío”, “Sarmiento”, “Introducción a la literatura española”, “La América hispana de hoy: su formación social, económica e institucional”, “Figuras y movimientos decisivos en la literatura de la América hispana”, “Estilística”, “La enseñanza del español: iniciación en la metodología”, “El actual florecimiento de la novela en Centro América”, “La literatura de Centro América”, etc., son los títulos de algunas de sus conferencias, ya que no sería posible en una somera referencia bibliográfica, aludir al sinnúmero de informes, exposiciones, artículos publicados en revistas, prólogos, monografías, estudios de filología comparada, de crítica literaria y libros que han contribuido a acrecentar el acervo cultural de aquel ambiente, que han puesto de relieve las condiciones y cualidades de su autor, y le han otorgado la credencial de esforzado laborante y auténtico dirigente en nuestro parvo círculo de labradores del pensamiento.

Era natural que el fundador y director de “Ambas Américas”, el instructor de español en la Universidad de Columbia, el miembro de la Facultad de Estudios Hispánicos en la Duke University, el profesor visitante de literatura hispanoamericana en la Universidad del Estado de Ohio, el miembro del Cuerpo de Redactores de la Revista Hispánica Moderna, y el activo colaborador en publicaciones de índole pedagógica, literaria y científica, fuera promovido al seno de sociedades eruditas como la Asociación Americana de Profesores de Español y Portugués, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, el Círculo Lingüístico de Nueva York, y otros centros de igual importancia, en los cuales continuó sus trabajos y pronunció conferencias como las tituladas: “Sarmiento y la historicidad del Facundo”, “Costa Rica y su expresión literaria”, “Cadalso en el sitio de Gibraltar”, “América en la pintura de José Clemente Orozco”, para ampliar luego sus acti-

vidades en una labor de comunicación intelectual de vastas proyecciones que lo elevaron a la dirección y a la presidencia de grupos y cursos para graduados, de formaciones profesionales y centros de investigación que tuvieron en él a un verdadero conductor y un acertado orientador.

En los meses de octubre de 1949 a enero de 1950, hizo por su cuenta un estudio analítico de la Colección Luis Dobles Segreda, en la Biblioteca del Congreso de Washington, formada por 938 volúmenes con 6000 piezas bibliográficas, y logró obtener para sí una clasificación de la misma, con notas de gran valor informativo.

Encargado en Darmouth College en 1928 para organizar una colección hispanoamericana en la biblioteca, procedió a la tarea con el mayor empeño, y él mismo expresa así el propósito que tuvo en mira: “La comprensión del hispanoamericano de hoy ha sido la finalidad fundamental que me ha guiado en el proceso de adquisiciones. Dentro de esta concepción, no me he limitado al primer plano de la historia política y económica y de la expresión literaria, sino que he tenido en cuenta asimismo los factores sociopsicológicos de la familia, la educación, la expresión religiosa, las formas de vida que ha labrado el ambiente y las corrientes ideológicas que han prevalecido en la opinión pública y en la actividad intelectual.

“Se ajusta la colección a las necesidades de la enseñanza universitaria y, en determinados sectores, a las de la investigación. Está alojada y clasificada por separado, con carácter de civilización integral. Sumándole los fondos pertinentes en materia de artes plásticas, música, filosofía, lenguas indígenas y bibliografía, que no forman parte del cuerpo de la colección, asciende el conjunto a unos 15000 volúmenes”.

Fue especial cuidado del señor Arce la selección del material relacionado con la literatura y la historia de la América Central, y sobre todo con lo que respecta a Costa Rica. Y así han quedado en uno de los centros universitarios más acreditados de los Estados Unidos, por el trabajo intencionado de un compatriota, los datos de nuestra modesta nacionalidad, debidamente catalogados.

Cultor de la lengua castellana, depurador de la frase, cortesano de la expresión, curioso investigador del verbo como alma de la oración o espíritu de la palabra, ha discurrido por los campos de la filología con el gusto del solfeador que vocaliza, o del piloto que entiende la música del mar. Así el idioma, nuestro idioma señores académicos, ha sido estilizado en sus páginas convencionalmente, o bien ha encontrado en sus manos de escritor la locución de vida que sólo un maestro suele formular.

Y Costa Rica, ¿qué le debe a este estudiante, a este emigrante que ha pasado tantos años lejos de su suelo? Le debe la interpretación de una figura de nuestros anales, el enfoque de un nombre y de un hombre que ejerció una grande influencia en el medio en que nació. Le debe la semblanza de don Manuel González Zeledón, y la explicación documental de su gestión humana.

Para darnos cuenta de lo que significa este aspecto en la labor del doctor Arce, hay que recordar que el señor González Zeledón nació en la segunda mitad del siglo pasado y vivió dentro de la misma y en la primera del actual, cuando todavía el ejercicio cultural no había alcanzado la dimensión que parecía lucir la actividad política, aun cuando, para ser justo, he de admitir que precisamente con hombres de su talla, esa transformación se inicia, pero, como toda iniciación, era relativa la importancia que encontraba en un ambiente cargado de vapores de agua, o de principios de gobierno no del todo asimilados.

En todo caso, tal ha sido la trayectoria de los pueblos, y el nuestro no podía ser una excepción. La estructura política, elemental *per se*, aparece en la infancia de las sociedades, agrupándolas, y mientras no se afinan las aristas que condicionan la vida colectiva, no se puede sustantivar el segmento superior o cerebral con la admisión del *habeas corpus* como función orgánica de la fisiología o dinámica social.

Las civilizaciones antiguas no perviven por el recuerdo de sus regímenes políticos o de los caudillos que pudieran representarlos, sino por el destello de sus culturas que son cuerpos luminosos que la humanidad conserva como justificación de su razón de ser.

Y así, en el caminar de los siglos y tras una larga experiencia, pareciera que los hombres han convenido en aceptar como puntos de partida en el desenlace de la historia, cuatro episodios originados en la iniciativa individual: la filosofía griega, el cristianismo, el descubrimiento de América y la máquina de vapor.

De modo que, al nacer González Zeledón y venir a la literatura dentro del período que designa nuestro compañero don Abelardo Bonilla como la época realista, caracterizada, según él, por “el florecimiento literario en el desarrollo de la novela, el cuento y los cuadros de costumbres en la prosa, y el modernismo en la poesía”, más el intento que llevó a esos escritores a introducir “mayor verdad idiomática en la creación literaria y copiar o imitar los defectos de nuestro lenguaje popular”, comenzó el momento de lo que he llamado en alguno de mis trabajos “la redención de la colonia”, no porque la colonia, con todas sus limitaciones, hubiera sido en Costa Rica otra cosa que la escuela de

primeras letras o la gestora de nuestra situación contemporánea, sino por el desglose que el realismo costumbrista efectúa entre un pasado estatista o burocrático, y una nueva posición que otorgaba la autonomía al costarricense al reconocerle el derecho a la propiedad de sí mismo. El escritor nacía, y con él, una modalidad ambiciosa que podría atribuirle la responsabilidad de crear una patria que apenas alboreaba.

Hubo indiscutiblemente un movimiento de afirmación, coexistente con la labor de González Zeledón y sus coetáneos, y al adquirir permanencia y desarrollo, Costa Rica fue, insensiblemente, variando su fisonomía, hasta lograr una integración entre sus elementos y producir el tipo de hombre libre que en todas las naciones perfila a los escritores y a los científicos.

Y el doctor Arce, al estudiar al señor González Zeledón en la forma conocida, ha contribuido a la maduración de una era cuyo cómputo en el tiempo señala un arranque en la historia del país. Ha pertenecido a la plantilla de redactores de un mundo nuevo entre nosotros, y tanto por la fragua que ha caldeado el metal de su cultura, como por la cuota entregada a Costa Rica en la lista cobratoria que a todos nos obliga al llamar a la existencia la figura de uno de sus grandes valores, ha ganado en buena lid el lugar que otrora ocupara aquel gran divulgador de aspiraciones, de conocimientos y de conceptos que se llamó don Joaquín García Monge, al venir a ocupar su vacante en la silla Q de este cuerpo literario, que hoy lo recibe con fraternal simpatía.